



Nuestra Escuela de Santidad pretende ayudarnos a ser coherentes con nuestra vocación: ¡estamos llamados a ser santos! Para eso fuimos creados por Dios. Empezamos una nueva edición, en la que abordaremos el aspecto ascético de la santidad. "El Reino de los cielos sufre violencia, y sólo los esforzados lo arrebatan", nos dijo el Señor. Y san Pablo invita a Timoteo que "Tome parte en los duros trabajos del Evangelio".

En efecto, dada nuestra inclinación al mal, fruto de la acción del pecado original en nosotros, la santidad requiere (además de la acción de Dios, que es esencial), nuestro esfuerzo, **nuestra determinación a dejarnos modelar y corregir por Dios**; estar dispuestos a la total purificación de nuestro corazón, a hacer penitencia, es decir, a una exigente ascesis personal. Hoy proponemos este tema introductorio.

LAS DIFICULTADES DE LA SANTIDAD EN EL MUNDO ACTUAL, Y LA TRASCENDENCIA DE LA SANTIDAD DE LOS LAICOS

Pero vivimos en tiempos nada fáciles para esta tarea. Vivimos tiempos de increencia. Hoy, más que en épocas anteriores, el que se toma en serio el Evangelio debe estar dispuesto a ir contra corriente en un ambiente muy paganzado.

El papa Benedicto XVI nos lo recordó de manera muy clara y directa. Habló de cuatro certezas:

1. La urgencia de plantear la cuestión de Dios

(...) El desafío de una mentalidad cerrada a lo trascendente obliga también a los propios cristianos a volver de modo más decidido a la centralidad de Dios ... Esta mentalidad que se ha ido difundiendo en nuestro tiempo (...) se ha mostrado incapaz de comprender y preservar lo humano (...) y ha generado la crisis que vivimos hoy, que es crisis de significado y de valores, antes que crisis económica y social. ... En este marco, la cuestión de Dios es, en cierto sentido, «la cuestión de las cuestiones». Nos remite a las preguntas fundamentales del hombre, a las aspiraciones a la verdad, la felicidad y a la libertad ínsitas en su corazón, que tienden a realizarse. ...

Pero ¿cómo despertar la pregunta sobre Dios, para que sea la cuestión fundamental?

"Queridos amigos, si es verdad que «no se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona» (Deus caritas est, 1), la cuestión sobre Dios se despierta en el encuentro con quien tiene el don de la fe, con quien tiene una relación vital con el Señor. A Dios se lo conoce a través de hombres y mujeres que lo conocen: el camino hacia él pasa, de modo concreto, a través de quien ya lo ha encontrado" (Benedicto XVI al Consejo Pontificio de los laicos. Nov 2011).

2. En consecuencia, es especialmente necesaria la misión de los laicos

«Los fieles laicos ocupan un puesto concreto, a causa de su "índole secular" (...). Estáis llamados a dar un testimonio transparente de la importancia de la cuestión de Dios en todos los campos del pensamiento y de la acción. En la familia, en el trabajo, así como

en la política y en la economía, el hombre contemporáneo necesita ver con sus propios ojos y palpar con sus propias manos que con Dios o sin Dios todo cambia.

3. No podemos dar por supuesta la "solidez" de su fe. Al contrario, debemos robustecerla y garantizarla

A veces nos hemos esforzado para que la presencia de los cristianos en el ámbito social, en la política o en la economía resultara más incisiva, y tal vez no nos hemos preocupado igualmente por la **solidez de su fe**, como si fuera un dato adquirido una vez para siempre. En realidad, los cristianos no habitan un planeta lejano, inmune de las «enfermedades» del mundo, sino que comparten las turbaciones, la desorientación y las dificultades de su tiempo. Por eso, no es menos urgente volver a proponer la cuestión de Dios también en el mismo tejido eclesial. Cuántas veces, a pesar de declararse cristianos, de hecho, Dios no es el punto de referencia central en el modo de pensar y de actuar, en las opciones fundamentales de la vida. La primera respuesta al gran desafío de nuestro tiempo es, por lo tanto, la profunda conversión de nuestro corazón, para que el Bautismo que nos ha hecho luz del mundo y sal de la tierra pueda realmente transformarnos.

LA MAYOR DE LAS GRACIAS

La santidad es la perfección en el amor. Ser santos, hoy como ayer, es una aventura divina, que nos exige abrirnos al Don de Dios, a abandonarnos totalmente en su misericordiosa Providencia, pero **haciendo mucho por nuestra parte**, y sin cansarnos nunca de estar empezando siempre. Requiere mucha humildad y mucha

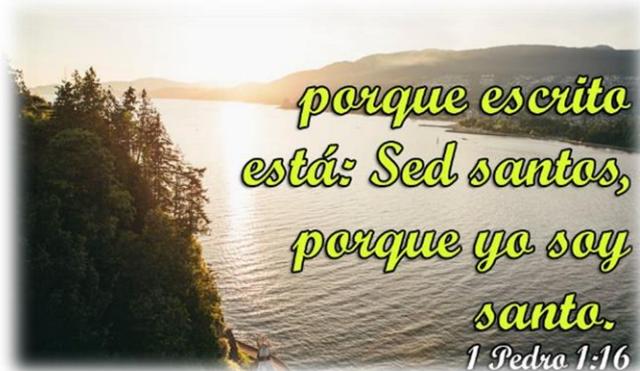
confianza en Dios. La definición de santidad que nos da Santa Teresa del Niño Jesús es especialmente clarificadora y consoladora:

"La santidad no consiste en la práctica de tal o cual virtud, sino en una disposición del corazón que nos hace humildes y pequeños en los brazos de Dios, conscientes de nuestra debilidad y confiados hasta la audacia en su amor de Padre."

En una ocasión meditaba Santo Domingo de Guzmán en la oración sobre cuál sería lo que al Señor le gustaría más que él le pidiese, la gracia más grande que podríamos alcanzar de él... Y después de meditar y rezar llegó a esta conclusión: lo que el Señor más desea que le pidamos y lo que más quiere concedernos es **LA PERFECCIÓN DE LA CARIDAD**, es decir, un amor perfecto con el que amemos al mismo Dios y a los hombres.

Por tanto, éste debe ser también nuestro ideal, nuestro gran objetivo y anhelo en la vida: alcanzar un corazón tan limpio, grande y puro con el que podamos amar a todos y siempre. No olvidemos que estamos llamados a **vivir, amando, eternamente en el cielo**.

Por eso entendemos bien la respuesta que dio Jesús al maestro de la Ley que le preguntó cuál era el principal mandamiento: "El principal mandamiento es éste, amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente; y el segundo es semejante al primero, amarás a tu prójimo como a ti mismo" (Lc 10,27).



Dios no nos pide, no nos puede pedir nada imposible. Por eso, este mandamiento de Jesús demuestra que estamos hechos para amar con todo el corazón, alma, mente, fuerzas... Cuanto más amamos, más felices somos.

Estamos hechos para amar, decía San Juan Pablo II. Y añadía: *“El hombre no puede vivir sin amor. Él permanece para sí mismo un ser incomprensible, su vida está privada de sentido si no se le revela el amor, si no se encuentra con el amor, si no lo experimenta y lo hace propio, si no participa en él vivamente”* (Redemptor hominis)

EL CORAZÓN DE JESÚS. ¡Dios tiene Corazón!

La devoción al Corazón de Cristo nos pone en contacto con la esencia del mismo Dios. Si Dios es amor, ha de tener un Corazón. En el Evangelio Jesús nos demuestra con palabras y sobre todo con sus acciones, esta verdad maravillosa.

Santa Margarita María (siglo XVII), tuvo importantes revelaciones del Corazón de Jesús. Con ella esta devoción al Corazón divino del Salvador conoció un importante impulso. Mujer humilde, de la que se sirvió el Señor como instrumento para manifestarnos ese amor infinito.

En una ocasión ella misma le expuso al Señor con mucha humildad, su extrañeza por ser elegida para tal misión: *“¿Por qué no eliges a otra que sea santa, para que propague estos mensajes tan importantes? Yo soy demasiado pecadora y muy fría para amar a Dios”*. Jesús le respondió: *“Te he escogido a ti que eres un abismo de miserias, para que aparezca más mi poder”*. Por eso la Iglesia pide en la liturgia de esta Santa que alcancemos un conocimiento profundo del amor de Dios.

En una carta, escribe: *“el Corazón divino es un abismo de todos los bienes, en el que todos los pobres necesitan sumergir sus indigencias: es un **abismo de gozo**, en el que hay que sumergir todas nuestras tristezas, es un **abismo de humildad** contra nuestra ineptitud, es un **abismo de misericordia** para los desdichados y es un **abismo de amor**, en el que debe ser sumergida toda nuestra indigencia”*.

Y dice también: *“De este divino Corazón manan sin cesar tres arroyos: el primero es el de la **misericordia para con los pecadores**, sobre los cuales vierte el espíritu de contrición y de penitencia; el segundo es el de la **caridad**, en provecho de todos los aquejados por cualquier necesidad y, principalmente, de los que aspiran a la perfección, para que encuentren la ayuda necesaria para superar sus dificultades; del tercer arroyo manan el **amor y la luz** para sus amigos ya perfectos, a los que quiere unir consigo para comunicarles su sabiduría y sus preceptos, a fin de que ellos a su vez, cada cual a su manera, se entreguen totalmente a promover su gloria”*.

Santa Teresa de Lisieux dice: *“Jesús no tiene ninguna necesidad de nuestras obras, pero **tiene necesidad de nuestro amor**”*. Lo que a Dios nadie le puede dar por mí es mi amor. En todo lo demás puedo ser sustituido. El amor de un hijo, lo reclama siempre la madre. El amor de los otros hijos, nunca suplen el amor del que falta.

DIOS MISMO NOS PURIFICA EL CORAZÓN

Aunque es verdad que debemos esforzarnos en subir la escalera de la santidad, como diría santa Teresita... no debemos olvidar, sin embargo que **todo es gracia**. Y a nuestros esfuerzos y verdaderos deseos se añade la acción misericordiosa de Dios que nunca falta. Esto queda muy claro en la Revelación.

El Salmo 50 dice:

Misericordia, Dios mío, por tu bondad, por tu inmensa compasión borra mi culpa; lava del todo mi delito, limpia mi pecado.

Te gusta un corazón sincero, y en mi interior me inculcas sabiduría.

Rociame con el hisopo: quedaré limpio; lávame: quedaré más blanco que la nieve.

Oh Dios, crea en mí un corazón puro, renuévame por dentro con espíritu firme; no me arrojes lejos de tu rostro, no me quites tu santo espíritu.

Mi sacrificio es un espíritu quebrantado; un corazón quebrantado y humillado, tú no lo desprecias.

Y en el profeta Ezequiel (36, 24-27), encontramos estas palabras del Señor:

“Os tomaré de entre las naciones, os recogeré de todos los países y os llevaré a vuestro suelo. Derramaré sobre vosotros un agua pura que os purificará, de todas vuestras impurezas y de todas vuestras basuras os purificaré. Y os daré un corazón nuevo, infundiré en vosotros un espíritu nuevo, quitaré de vuestra carne el corazón de piedra y os daré un corazón de carne. Infundiré mi espíritu en vosotros y haré que os conduzcáis según mis preceptos y observéis y practiquéis mis normas”.

Es maravilloso pensar que Dios quiere cambiar nuestro corazón para que le podamos amar como se merece...

El ejemplo de la **vida de los santos** es la mejor prueba de que Dios actúa con eficacia en nosotros, si le dejamos obrar en nosotros. El caso de Santa Teresa de Jesús es verdaderamente especial y único.

El 26 de agosto se celebra la **Transverberación** de Santa Teresa de Jesús. Tal experiencia mística la vivió en 1562, y ella misma nos la cuenta en el capítulo 29 de su autobiografía. Un ángel le atraviesa el corazón con un dardo de oro encendido. La santa quedó inflamada de amor a Dios:

“Vi a un ángel cabe mí hacia el lado izquierdo en forma corporal, lo que no suelo ver sino por maravilla. [...] No era grande, sino pequeño, hermoso mucho, el rostro tan encendido que parecía de los ángeles muy subidos, que parecen todos se abrasan. Deben ser los que llaman Querubines [...] Viale en las manos un dardo de oro largo, y al fin de el hierro me parecía tener un poco de fuego. Este me parecía meter por el corazón algunas veces, y que me llegaba a las entrañas. Al sacarle, me parecía las llevaba consigo y me dejaba toda abrasada en amor grande de Dios”.

La misma experiencia la cuenta en sus versos:

*"Hierome con una flecha / enherbolada de amor,
y mi alma quedó hecha / una con su criador.*

*Yo ya no quiero otro amor, / pues a mi Dios me he entregado,
y mi Amado es para mí, / y yo soy para mi Amado".*

“...de resultas de estas mercedes celestiales, sintió la Santa tan abrasadamente el amor divino en las entrañas, que, inspirada por Dios, emitió el voto, difícil en extremo, de hacer siempre lo que ella creyese más perfecto y para mayor gloria de Dios” (Gregorio XV, bula de canonización).

Pero la gran Santa deja muy clara la necesidad de obrar nosotros con esfuerzo y perseverancia. Dejó bien clara la necesidad de la ascesis en el camino de la santidad:

“Digo que importa mucho, y el todo, una grande y muy determinada determinación de no parar hasta llegar, venga lo que viniere, suceda lo que sucediere, trabájese lo que se trabajare, murmure quien murmurare, siquiera llegue allá, siquiera se muera en el camino o no tenga corazón para los trabajos que hay en él, siquiera se hunda el mundo” (Camino 21,2)